



Thomas Mann
Doktor Faustus

Thomas Mann, dando fe de su exquisita prosa y tomando como base el inmortal mito de Fausto, da voz a Serenus Zeitblom, doctor en filosofía, para que relate la vida y tragedia de su amigo Adrian Leverkühn, un compositor de opera cuya obsesión por lograr la más bella de las creaciones musicales le lleva a rubricar un pacto con El Diablo, un pacto cuya gestación es descrita por Leverkühn cuando, consciente de que ha tocado a su fin el tiempo comprado con su alma, decide compartir con los suyos la desesperación espiritual que le ha reportado alcanzar el éxito profesional.

I

Aseguro resueltamente que no es en modo alguno por el deseo de situarme en primer lugar que hago preceder de algunas palabras sobre mí mismo esta crónica de la vida del difunto Adrián Leverkühn, esta primera y ciertamente sumaria biografía de un hombre querido, de un músico genial que el destino levantó y hundió con implacable crueldad. Me empuja a hacerlo únicamente la suposición de que el lector —mejor diré: el futuro lector, ya que por ahora no existe la más leve probabilidad de que mi original llegue a ver la luz pública, a no ser que un milagro permita hacerlo salir de nuestra Europa, fortaleza asediada, para llevar a los de afuera un soplo de los secretos de nuestra soledad—, únicamente, repito, la suposición de que el lector deseará conocer, aunque sólo fuere superficialmente, algo sobre el quién y el cómo del que esto escribe, me impulsa a apuntar, a modo de introducción, algunos datos sobre mi persona —aun temiendo, claro está, que con ello he de suscitar en el lector la duda de si ha caído en buenas manos, es decir, si en atención a lo que ha sido mi vida soy el hombre indicado para una tarea hacia la cual me atraen los impulsos del corazón mucho más que una afinidad cualquiera de temperamento.

Vuelvo a leer las líneas que preceden y no puedo dejar de observar en ellas cierta inquietud y una respiración difícil, signo evidente ambas del estado de espíritu en que me encuentro hoy, 27 de mayo de 1943, dos años después de la muerte de Leverkühn, quiero decir dos años después del día en que de las profundas tinieblas de su vida descendió

a la más profunda noche, cuando, en Freising del Isar y en la modesta pieza que desde largos años me sirve de cuarto de trabajo, tomo asiento con el propósito de empezar a narrar la vida de mi desdichado amigo que ahora descansa — así sea— en la paz de Dios. Signo de un estado de espíritu, digo, en el que se mezclan del modo más oprimente el deseo impetuoso de contar lo que sé y el temor a las insuficiencias de mi trabajo. Creo poder decir que soy hombre de temperamento moderado, sano, humano, inclinado a la templanza, a la armonía, a la razón, un estudioso, un «conjurado de las legiones latinas» no desprovisto de enlace con las bellas artes (toco la viola de amor), en suma, un hijo de las Musas, según el sentido académico de la expresión, que gusta de considerarse como un descendiente de aquellos humanistas alemanes que se llamaron Reuchlin, Crotus von Dornheim, Mutianus y Eoban Hesse. Sin pretender, ni mucho menos, negar el influjo de lo demoníaco en la vida humana, lo he considerado siempre como extraño a mi ser, lo he eliminado instintivamente de mi panorama universal y nunca he sentido la más ligera inclinación a entrar temerariamente en contacto con las fuerzas infernales, ni mucho menos la de provocarlas con jactancia o de ofrecerles mi dedo meñique cuando han llegado hasta mí sus tentaciones. En aras de ese sentimiento he consentido sacrificios, tanto en el orden ideal como en el del aparente bienestar, y es así como sin vacilación, renuncié un día a mi querida profesión docente sin esperar a que fuera patente la demostración de su incompatibilidad con el espíritu y las exigencias de nuestra evolución histórica. Desde este punto de vista estoy contento de mí, Pero esta resolución, o si se quiere limitación, de mi persona moral, no hace más que reforzar las dudas que abrigo sobre mi idoneidad para la tarea que trato de emprender.

Apenas acababa de poner en movimiento la pluma y ya se le había escapado una palabra que secretamente me dejó sumido en cierta confusión: la palabra «genial». Hice re-

ferencia al genio musical de mi difunto amigo. Sin embargo, esta palabra, «genio», aun cuando extremada, es eufónica, noble y sanamente humana, y a hombres como yo, aun cuando privados de entrar por sí mismos en tan elevadas regiones y sin haber jamás pretendido ingresar en la gracia del divinis influxibus ex alto, del soplo divino venido de las alturas, nada debiera razonablemente privarles de hablar y tratar de lo genial con un sentimiento de gozosa contemplación y respetuosa confianza. Así parece. Y no obstante, es innegable, y nadie ha pretendido negarlo nunca, que en esa radiante esfera la participación de lo demoníaco y contrario a la razón es inquietante; que existe una relación, generadora de un suave horror, entre ella y el imperio infernal, y que los mismos adjetivos que he tratado de aplicarle, «noble», «humanamente sana», «armónica», no acaban de encajar perfectamente, incluso cuando —he de reconocerlo aunque no sin dolor— se trata de una sublime y genuina genialidad, dada, o impuesta, por Dios, y no de una genialidad adquirida y precedera, de la consunción pecaminosa y enfermiza de dones naturales, del cumplimiento de un oneroso contrato de enajenación...

Me interrumpe aquí un sentimiento de insuficiencia y de inseguridad artística que me avergüenza. No es probable que el propio Adrián, en una de sus sinfonías, ponga por ejemplo, hubiese indicado semejante tema tan prematuramente; en todo caso, lo hubiese hecho en forma delicadamente oculta, apenas perceptible, y anunciándolo desde lejos. Lo que a mí me decidió a descubrirme podrá parecerle, por otra parte, al lector, una oscura y discutible indicación y a mí mismo como una forma grosera de entrar en materia sin rodeos. Para un hombre como yo es difícil, y en cierto modo casi frívolo, adoptar sobre una cuestión que estima vital y que le quema los dedos el punto de vista del artista compositor y tratarla con la natural ligereza del músico. Así se explica la prisa con que he tratado de establecer una diferencia entre el genio puro y el genio impuro, dife-

rencia que proclamo únicamente para poner en seguida en duda si es, en efecto, auténtica. En verdad, la experiencia me ha obligado a reflexionar sobre este problema con tanto ahínco y tal esfuerzo de penetración, que a veces he tenido la espantosa sensación de sentirme como arrancado del valle natural de mis pensamientos y de sufrir una «impura exaltación» de mis dones naturales...

Me interrumpo de nuevo para recordar que si he dado en hablar del genio y de su naturaleza, como sometida, en todo caso, a influencias demoníacas, ello ha sido tan sólo para preguntarme, con desconfianza, si poseía para mi tarea las afinidades necesarias. Diga ahora cada cual, contra los escrúpulos de conciencia, lo que yo mismo no dejo de decir. He tenido ocasión de pasar largos años de mi vida junto a un hombre genial, el héroe de esta narración, de cuya confianza fui depositario. Le conocí desde su niñez, fui testigo de su carrera y de su destino, colaboré modestamente en su obra de creación. Soy autor del libreto de una ópera inspirada en la comedia de Shakespeare «Penas de Amor Perdidas», obra juvenil, llena de atrevimiento, y asimismo aconsejé a Leverkühn en la preparación de los textos de la «suite» operática grotesca «Gesta Romanorum» y del oratorio «Revelación de San Juan Teólogo». Esto por una parte, o si se quiere por ambas partes. Me encuentro, además, en posesión de papeles, apuntes de inestimable valor, que el desaparecido, en días venturosos, o relativamente venturosos, me legó, por última voluntad, y a mí y a nadie más que a mí, y de los cuales pienso servirme, no sólo como base para mi relación, sino en forma de extractos, debidamente elegidos. Finalmente, y en primer lugar, porque es el más válido de los motivos, si no ante los hombres, cuando menos ante Dios: le quería. Con aversión y con ternura, con compasión y con admiración rendida, sin preguntarme siquiera si mis sentimientos eran en lo más mínimo correspondidos. Seguro es que no lo fueron. Al legarme los manuscritos de sus composiciones y su diario, lo

hizo en términos reveladores de una confianza amistosa y objetiva, podría decir protectora y desde luego para mí honrosa en mi corrección, escrupulosidad y fidelidad a su memoria. Pero ¿cariño? ¿A quién pudo haber querido ese hombre? Quizás, en tiempos pasados, a una mujer. Puede ser que a un niño, en las postrimerías de su vida. ¿A ese muchacho, ligero y simpático, inexperimentado y siempre dispuesto a servir, a cuya devoción correspondió con un desvío que fue la causa de su muerte? ¿A quién abrió su corazón, a quién permitió jamás que penetrara en su vida? Adrián no era hombre para eso. Su indiferencia era tal, que apenas si se dio cuenta nunca de lo que ocurría en torno suyo, de la sociedad en que se encontraba, y si raramente se dirigía a un interlocutor por su nombre, me da a pensar que era porque las más de las veces lo ignoraba, aun cuando el ignorado tuviera derecho a suponer lo contrario. Me inclino a comparar su soledad con un precipicio, en el cual desaparecían, sin ruido ni rastro, los sentimientos que inspiraba. En tomo suyo reinaba la frialdad —palabra de que él mismo se sirvió en ocasión monstruosa y que ahora no puedo emplear sin sobrecogerme. La vida y la experiencia pueden prestar a ciertos vocablos un acento totalmente extraño a su cotidiana significación y coronarlos de un nimbo de espanto que sólo pueden comprender aquellos que hayan descubierto su sentido más aterrador.

II

Me llamo Serenus Zeitblom y soy doctor en filosofía. Soy el primero en criticar el retraso con que presento mi tarjeta de visita, pero, sea como fuere, las exigencias de mi narración no me han permitido hacerlo antes. Tengo 60 años de edad. Nací, el mayor de cuatro hijos, en Kaisersaschern del Saale, distrito de Merseburg, el año del Señor de 1883. Fue también en esta ciudad donde Leverkühn pasó sus años escolares, lo que me permitirá no hablar de ella con mayor detalle hasta el momento en que haya de describir dicha época. Y como la carreta de mi vida va con frecuencia unida a la del Maestro, será conveniente hablar de ambas en relación una con otra, a fin de no caer en inadecuadas anticipaciones, error al que, por otra parte, se siente uno ya de por sí inclinado cuando se trata de dejar que hable un corazón pronto a desbordar.

Me limitaré, por de pronto, a decir que vine al mundo en el ambiente, no muy elevado, de un hogar de clase media y de mediana cultura. Mi padre, Wolgemut Zeitblom, era farmacéutico, y la suya era, por cierto, la farmacia más importante del lugar; había otra botica en Kaisersaschern, pero que nunca gozó de reputación comparable a la suya, colocada bajo la muestra: «Al Mensajero Salvador». Mi familia formaba parte de la reducida comunidad católica de la ciudad, cuyos habitantes eran naturalmente, en su mayoría, de confesión luterana; mi madre, en particular, era devota hija de la Iglesia, estricta cumplidora de sus deberes religiosos. Mi padre, en cambio, debido quizás a sus muchas ocupaciones, no se mostraba tan celoso practicante,

sin que por ello pensara en negar la solidaridad que le unía a sus correligionarios, solidaridad espiritual que no estaba, por otra parte, desprovista de cierto alcance político. Es de notar que no sólo nuestro párroco, el Reverendo doctor Zwilling, sino también el doctor Carlebach, rabino de la ciudad, frecuentaban (cosa que en un hogar protestante hubiese sido punto menos que inconcebible) el primer piso, donde vivíamos, de la misma casa cuya planta baja ocupaban la botica y el laboratorio. De los dos, el ministro de la Iglesia Romana era el más aventajado físicamente. Pero en mí persiste la impresión, fundada quizás en juicios oídos a mi padre, de que el pequeño talmudista, con su larga barba y su casquete, era muy superior a su hermano en distinta religión, tanto por su saber como por su agudeza teológica. Estas experiencias juveniles, pero también la comprensión con que los hebreos juzgaron siempre la obra de Leverkühn, fueron sin duda causa de que en la cuestión judía y en el trato dado a los judíos no pudiera yo nunca aprobar sin reservas la política del Führer y de sus paladines, hecho que no dejó de influir en mi decisión de renunciar a ejercer el profesorado. Ciertamente es también que han pasado por mi vida ejemplares de aquella estirpe —me bastará recordar el ejemplo de Breisacher de Munich, hombre consagrado, por inclinación personal, a la erudición y al estudio—, sobre cuya perturbadora y poco simpática influencia me propongo proyectar alguna luz en lugar adecuado.

Por lo que atañe a mis orígenes católicos, claro está que ellos influyeron sobre mi vida interior y contribuyeron a modelarla, pero esta tonalidad de mi vida nunca entró en conflicto con mi concepción humanista del mundo, con mi amor por las que, en pasados tiempos, fueron llamadas «excelsas artes y ciencias». Entre estos dos elementos de mi personalidad la armonía fue siempre completa, cosa que por otra parte no es difícil de lograr cuando, como en mi caso, se ha crecido en el ambiente de una vieja ciudad, cuyos recuerdos y monumentos se sitúan en lejanos tiempos

precismáticos, cuando el mundo cristiano vivía unido aún. Verdad es que Kaisersaschern se encuentra en el centro mismo de la cuna de la Reforma, en el corazón del país de Lutero, circundado por esas ciudades que se llaman Eisleben, Wittenberg, Quedlinburg, y también Grimma, Wolfenbüttel y Eisenach —lo que ayuda, por otro lado, a comprender la vida interior de Leverkühn, luterano él, y explica que sus primeros estudios fueran consagrados a la teología. Pero la Reforma es, para mí, comparable a un puente que no sólo conduce de los tiempos escolásticos a nuestro mundo de librepensamiento, sino que nos lleva también, en sentido inverso, hacia la Edad Media y nos permite, quizá, penetrar más profundamente en ella que una tradición puramente católica, de más amable cultura pero ajena a la división de la Iglesia. Por mi parte, mi hogar espiritual se sitúa precisamente en aquella edad de oro que daba a la Santa Virgen el nombre de Jovis alma parens.

Prosiguiendo la narración de lo más esencial de mi vida, he de decir que, por bondadosa decisión de mis padres, frecuenté el Liceo del lugar, la misma escuela en que, dos clases más atrás, Adrián cursaba también sus estudios, y que, fundada en la segunda mitad del siglo XV, llevó hasta hace poco el nombre de «Escuela de la Hermandad Comunal». Un cierto sentimiento de incomodidad ante ese nombre superhislórico y de sonoridad algo cómica para el oído moderno, hizo que fuera cambiado por el de «Liceo de San Bonifacio», santo patrón de la vecina iglesia. Cuando, a principios de siglo, salí de aquella escuela me consagré, sin vacilar, a las lenguas clásicas, en cuyo estudio me había ya distinguido hasta cierto punto, y seguí los cursos de las universidades de Giessen, Jena y Leipzig; más tarde, de 1904 a 1906, los de la Universidad de Halle, al propio tiempo, y ello no por casualidad, que Leverkühn estudiaba también allí.

No puedo dejar de referirme, al pasar, y como tantas veces, a la íntima y casi misteriosa relación que existe entre la

filología clásica y el sentido vivo y afectivo de la belleza y de la dignidad del hombre como ente de razón —relación que se manifiesta ya en el nombre de «Humanidades» dado al campo de investigación de las lenguas antiguas y también en el hecho de que la coordinación íntima entre la pasión del lenguaje y las humanas pasiones se opere bajo el signo de la educación y como coronada por él, en virtud de lo cual la misión de formar la juventud se presenta como una consecuencia casi obligada de los estudios filológicos. El hombre versado en las ciencias naturales podrá ser profesor, pero no será nunca un educador en el sentido y con el alcance que puede serlo el cultivador de las buenas letras. Tampoco el lenguaje de los sonidos (si así puede la música ser llamada), ese lenguaje quizá más profundo, pero maravillosamente inarticulado, me parece formar parte de la esfera humanista y pedagógica, aun sabiendo muy bien que en la pedagogía griega y, de un modo general, en la vida pública de las ciudades de Grecia representó útil papel. A pesar del rigor lógico-moral de que gusta envanecerse, entiendo, al contrario, que la música pertenece a un mundo espiritual del que no quisiera, en las cosas de la razón y de la dignidad humanas, tener que responder incondicionalmente poniendo la mano en el fuego. Si, no obstante, me siento cordialmente atraído hacia ella, será, sin duda, por una de esas contradicciones que, ya sean de lamentar o motivo de satisfacción, son inseparables de la naturaleza humana.

Todo ello al margen del asunto. O quizá no tanto, ya que la cuestión de saber si es posible trazar una frontera definida entre lo que hay de noble y educador en el mundo del espíritu y ese otro mundo espiritual al cual no es posible acercarse sin peligro, pertenece sin duda, y muy decididamente, al asunto de que trato. ¿Qué zona de lo humano, así fuere la más elevada, la más dignamente generosa, puede ser totalmente insensible a la influencia de las fuerzas infernales, más aún, puede renunciar a su fecundante contac-

to? Este pensamiento, que está en su lugar incluso para aquel cuyo ser nada tenga de demoníaco, no se ha separado nunca de mí desde ciertos momentos vividos durante el viaje de estudios —casi año y medio— que mis buenos padres me permitieron hacer por Grecia e Italia, una vez terminados mis exámenes universitarios. Desde lo alto de la Acrópolis pude contemplar el desfile, por la ruta sagrada, de las doncellas coronadas de azafrán, el nombre de Baco en los labios, y en la región de Euboleo, en el lugar mismo de la iniciación, me encontré un día al borde de las rocas del abismo plutónico. Allí tuve la intuición de la inmensidad de los sentimientos humanos que encuentran su expresión en la contemplación iniciatoria que la Grecia olímpica dedicaba a las divinidades de las tinieblas. Y muchas veces, más tarde, hube de explicar desde la cátedra a mis alumnos que la cultura no es otra cosa que la devota y ordenadora, por no decir benéfica, incorporación de lo monstruoso y de lo sombrío en el culto de lo divino.

De regreso de aquel viaje, a los veinticinco años, entré a formar parte del claustro de profesores del Liceo de mi ciudad natal, el mismo liceo donde empezara mi formación científica y en el cual, durante varios años, me consagré modestamente a la enseñanza del latín, del griego y de la historia, hasta que en el año 12 de nuestro siglo ingresé en el cuerpo docente de Baviera como profesor del Liceo de Freising y de la Escuela Superior de Teología. Allí he vivido desde entonces y allí encontré, durante más de dos decenios, en la enseñanza de las mismas disciplinas, un campo satisfactorio para mis actividades.

Temprano, poco después de instalarme en Kaisersaschern, contraí matrimonio. A dar ese paso me impulsaron la necesidad de llevar una existencia ordenada y de integrarme a la vida según las normas morales consuetudinarias. Helena Oclhafen, mi digna esposa, ocupada aun hoy de velar sobre el ocaso de mi vida, era la hija de un compañero de profesión que ejercía sus funciones en Zwickau,

ciudad del reino de Sajonia, y, aun a riesgo de que el lector se sonría de mí, confesaré que el nombre de la tierna muchacha, Helena, su preciosa sonoridad, no fue el último de los motivos de mi elección. Semejante nombre significa una consagración cuyo puro encanto no queda sin efecto aun cuando la persona que lo lleva sólo corresponda físicamente a lo que significa en modesta medida, y ello aun por tiempo limitado, hasta que se marchita la frescura juvenil. Helena se llamó también nuestra hija, casada desde tiempo con un hombre cabal, apoderado, en la sucursal de Ratisbona, del Banco de Efectos de Baviera. Además de ella, mi mujer querida fue madre de dos hijos. De las alegrías y sinsabores de la paternidad he tenido pues, sin exceso alguno, la parte que humanamente me corresponde. Ninguno de mis hijos, lo reconozco, tuvo nunca nada de excepcional. Ninguno, durante su niñez, podía compararse en hermosura con ese Nepomuk Sohneidewein, sobrino de Adrián y, más tarde, la niña de sus ojos. Soy el primero en no pretender tal cosa. Mis dos hijos sirven hoy a su Führer, uno en la vida civil, otro en las fuerzas armadas, y así como mi posición refractaría ante los dictados patrióticos ha creado, de un modo general, un cierto vacío en torno de mi persona, así se han aflojado también los lazos entre esos muchachos y el tranquilo hogar paterno.

III

El nombre de Leverkühn pertenecía a un linaje de acomodados artesanos y labradores, floreciente en el valle del río Saale, parte en la región de Schmalkaldisch, parte en la provincia de Sajonia. La propia familia de Adrián estaba asentada desde varias generaciones en Hof Buchel, finca sita en el pueblo de Oberweiler cerca de la estación de Weissenfels, a la que se llegaba desde Kaisersaschern en tres cuartos de hora de ferrocarril, pero desde cuya estación era preciso mandar un carruaje para quien quisiera trasladarse a Hof Buchel. Era esta finca, por sus dimensiones, de las que, en el lenguaje del país, daban a su propietario el rango de «labrador completo». Cincuenta buenas fanegas de campos y praderas, más parte de un bosque explotado colectivamente y una espaciosa casa de madera y limo con fundaciones de piedra. Con las cuadras y pajares formaba un cuadrilátero abierto, en cuyo centro se elevaba —inolvidable para mí— un viejo y pujante tilo, que un verde banco rodeaba y cuyas hojas, al llegar el mes de junio, se cubrían de olorosas flores. El hermoso árbol no dejaba de ser un estorbo para carros y caballos y se daba, según me contaron, el caso de que el hijo mayor reclamaba siempre del padre, y en vano, la desaparición del árbol, cuya permanencia habría de defender, más tarde, contra su propio hijo.

Cuántas veces no habría de proyectar ese tilo su sombra sobre las travesuras y los juegos del pequeño Adrián, hijo de Jonathan y Elsbeth Leverkühn, venido al mundo en el primer piso de la casa de Hof Buchel con las flores de primavera del año 1885. Su hermano Georg, que hoy debe de

ser allí el propietario, había nacido cinco años antes. Su hermana, Ursel, nació otros cinco años después. Entre los amigos y conocidos con que los Leverkühn contaban en Kaisersaschern, mis padres figuraban en primer lugar. Existía de antiguo entre nuestras familias una cordial amistad y así ocurría que, al llegar la buena estación, muchos domingos por la tarde los pasábamos en la finca de nuestros amigos y, venidos de la ciudad, gustábamos allí, con tanto mayor placer, de los dones de la tierra con que la señora Leverkühn nos obsequiaba: el pan moreno y la dulce mantequilla, la dorada miel, las deliciosas fresas con crema, la leche azucarada servida en tazones azules. Durante la primera niñez de Adrián, de Adri como solía ser llamado, vivían aún sus abuelos, retirados en la parte vieja de la casa. La explotación de la finca estaba en manos de los padres de Adrián y sólo a la hora de la cena abría el abuelo su desdentada boca para dar su opinión, siempre escuchada con respeto. De esos dos ancianos, muertos casi al mismo tiempo, sólo conservo un vago recuerdo. Tanto más vivo y preciso es el que dejaron en mí sus hijos, Jonathan y Elsbeth Leverkühn. Su imagen, sin embargo, hubo de transformarse, y durante mis años de mocedad y de vida estudiantil, gracias a esa propiedad que el tiempo posee de correr insensiblemente dejando rastro, pasó poco a poco de la juventud a la madurez fatigada.

Jonathan Leverkühn era un hombre, un alemán, del mejor cuño. Un tipo como ya no se encuentra en nuestras ciudades y menos en parte alguna entre los que hoy, con un descaro que a menudo da congoja, nos defienden y representan contra el mundo. Una persona, física y moral, como forjada en pasados tiempos, cercana a la tierra y transplantada de la Alemania anterior a la Guerra de los Treinta Años. Tal fue la impresión que me hiciera cuando, ya mayor, pude contemplarle con ojos que iban acostumbrándose a ver las cosas. El pelo, rubio ceniciento y algo grifo, caía en mechones sobre la frente, abultada y partida en dos por un